

## **EL MISTERIO DE LA MADERA**

---

SEGUNDO GUTIÉRREZ DOMÍNGUEZ  
ACADÉMICO CORRESPONDIENTE

---

### **I. PRIMEROS CONTACTOS**

Aprendí a estimar la madera nada más nacer. En la cuna labrada primorosamente por mi padre (Deogracias, Carpintero) para sus seis vástagos, con mi madre, Zósima. Fueron los primeros meses.

Pasaron muchos años -treinta-, ya en Córdoba. Mis hermanos Lucas, Juan y yo dimos con una libretita donde nuestro progenitor apuntaba el fruto de su paciente trabajo en la materia que tanto se hacía querer. Entrecalados en esta especie de diario, apuntaba los sucesos familiares que le parecían más importantes: “Hoy 27 de Junio de 1932 nos ha nacido el tercer hijo. Se llamará Segundo por su tío y Padrino y también José por la mucha devoción que se tiene en el hogar al Santo Carpintero, Padre adoptivo de Jesús”.

En Bretó, insignificante tilde en la piel de España, yo iba creciendo y jugaba, enredaba y observaba las maderas. Mi infancia se iba amasando con este material tan cercano. La madera era mi amiga, como el agua, el sol, el pan o el aire. Tenía algo así como vida, color y perfume, como las flores mayas del prado. Tenía dentro un arcano que paulatinamente iba comprendiendo; las choperas, los negrillos, los hayedos o los árboles frutales estaban muy contentos y flamantes a las orillas del Esla (río calmo y límpido si los había). Yo gozaba viendo a mi padre convertirlos en tablas, machones, maderos cuadrados o redondos, largas vigas rectilíneas, curvas pinas, impecables rayos para las ruedas de los carros, cubos torneados por el mismo artefacto que él se había inventado. El carro de labranza era la pieza reina, por su ensamblaje, su cohesión, su exactitud, su vigor, su belleza externa. Llevaba un tablero adelante y mi padre me decía, “anda, Segundín, pinta, lija, cepilla, afina que vamos a terminar este hijo de la tierra madre”.

Mi padre me llevó por primera vez a una ciudad importante: Salamanca. Por varias causas; una de ellas comprar las mejores maderas en la feria de San Mateo. Me operaron allí de las amígdalas.

Tenía ocho años. Todas las mañanas, al despertar, quedaba enajenado ante la catedral, puente, monumentos y edificios que se me antojaban de oro macizo.

Desde los cinco años hasta los once, mi quehacer al salir de la escuela, era posesionarme de la Carpintería o ebanistería como si fuera propia. Me familiaricé con los yugos, los arados o los bieldos; los aperos de labranza o los armarios. Me maravillaba ver actuar (en aquel sitio, la última casa del pueblo que daba al río,) al ser que -con mi madre- más quería. Me imponían los altísimos carportes, los poderosísimos aros de hierro que coronaban y fortalecían las ruedas de encina, trabajadas con primor. Desde las grandes cómodas hasta las virtuosas consolas. Las cruces, la barca del señor Enrique, que podía hasta

con los más grandes carros y sus mulas. Todo eran misterios sacados a la madera. Finas, elegantes y resistentes sillas salían de las hayas como si éstas las parieran y el constante y alegre carpintero (siempre cantando) las desbastara y le diera la última mano.

La madera me invitaba a prodigarle caricias y miradas de complacencia: la morbidez del chopo, la reciedumbre de la encina, la presencia continua y humilde del pino, el regio tejido del nogal, la veta solapada del castaño, las tangibles carnes de los frutales... Creo que hacia los cinco años osé hundir el pequeño escoplo en aquella materia casi viva. Hice -o comencé al menos- un lavadero bajo la atenta y regocijada mirada del maestro. Luego vinieron las labores de ayudar al fino ebanista; labrar con figuras geométricas la tabla que mi madre usaba para planchar los quesos, ect.

Cuando yo tenía los once años bien cumplidos, falleció mi padre, dejándonos a todos, sobre manera a mi madre, desolados. Murió sonriendo, como había vivido. Yo dejé la carpintería y me dediqué a la escuela y a los pequeños trabajos del campo. Entonces durante un año no dejaba de pintar: lápiz, tintas de color, tinta china, carboncillo. Todo un minúsculo autodidacta. Después de 60 años (cuando esta docta casa me acogió, sin merecerlo) he encontrado unos ciento cincuenta de aquellos dibujos y escarceos pictóricos que guardo como un tesoro.

Cuando mi padre nos dejó hubo un vacío indefinible. Entre Lucas, mi hermano mayor y yo le hicimos la cruz. Yo recordé la frase que me dijo (delante de mi madre y mi hermano) unos días antes de fallecer: "Tu, Segundo, que sabes pintar, pones con tu flamante letra gótica "Descanse en paz Deogracias Gutiérrez". Yo cumplí lo mejor que pude y él tuvo su cruz, que -con el paso de los años,- los elementos y las gentes se encargaron de volverla a mezclar con su hermana tierra.

Al año siguiente entré, invitado por un misionero en su congregación: Misioneros del Corazón de María. Desde entonces, del arte de la madera no quedó apenas rastro, si no fue un pequeño ajedrez que labré en el Colegio de Sigüenza. Tenía 15 años.

## II. VIDA CONSAGRADA Y COMPROMETIDA

Tuvieron que pasar 30 años para -sorpresivamente- encontrarme con mi antigua e imperturbable compañera. Y fue en Santa Cruz de Tenerife. Hube de pasar por diversas casas religiosas en Sigüenza, Jerez de los Caballeros, Zafra, Roma y Córdoba.

Llegué a esta envidiable ciudad cuando cumplía los 30 años.

¡Cuánto me ayudó esta deliciosa gente!. Lo digo con toda sinceridad y afecto. Fue mi profesor de dibujo el mejor discípulo de Julio Romero de Torres y Mateo Inurria: Don Antonio Costi. Mi animador el malogrado Miguel del Moral, con López Obreo, Zueras Botí, Salguero. Pero mi labor fue casi exclusivamente sacerdotal y Misionera. Córdoba se me metió hasta el hondón del alma. "Ingresa en Bellas Artes"; me decían.

Justamente fue entonces cuando me destinaron a Tenerife, donde residiría dos años. Ingresé en el 68 en Bellas Artes. D. Miguel Márquez escultor completo me dijo un día: "¿Por qué no haces talla?: lo tuyo es la escultura en madera" Puede que Vd. Sea profeta, porque mi padre era carpintero. Todas las ilusiones de mi infancia reverdecieron y volví al misterio inacabable de la madera.

Dos años estuve en Santa Cruz de Tenerife gozando de la convivencia simpática y abierta de aquellos "Chicharreros y chicharreras": comencé a labrar algunas figuras: flores, corazones, dos canguros hechos de raíces, un pequeño Cristo y una Virgen de igual tamaño. Cuando menos lo pensaba, me destinaron allende los mares, justo a Venezuela. D. Miguel, mi guía me despidió: "sigue con la madera, imita a los grandes artistas de la historia, no ceses, el tiempo te sonreirá y podremos hacer entre los dos un gran Cristo que

se yerga sobre el Teide". Pero dejé mi querida patria, lleno de proyectos misioneros e ilusiones artísticas -siempre trabajando la madera.

### III. SURAMÉRICA. EL CENTRO DEL MISTERIO

Se nos cuenta que los españoles de aquellos tiempos entraron en esta inmensa tierra por el norte: justo, Venezuela.

Ante sus ojos se extendían corrientes de aguas caprichosas, macizos inimaginables y variadísimos de árboles de toda clase; allá lejanos Los Andes.

De momento, divisaron conjuntos variopintos de cabañas, chozas, rústicas casas. Parecían emerger del lago, del mar.

Se distribuían simétricamente, formando especie de calles, recodos, salientes, lenguas: todo eran casas originalísimas. Surgió un grito unánime: "Es como Venecia en pequeño" "Veneciola" decían comparando aquellos habitáculos con la ciudad del arte, del comercio y de las aguas junto a la casa. "Veneciola" era Venezuela o pequeña Venecia. Pero y ¿cómo se sostenían?. Ahí comenzaba el arcano: aquello eran viviendas que semejaban garzas extrañas y variadas.

Estaban sustentadas por troncos labrados en uno de los más duros y resistentes del mundo: el mangle. Suplía los más recios metales. Tenía un sentido funcional y artístico. Además aquellas columnas subacuáticas endurecían con el paso del tiempo. Misterio.

Si nos adentramos en dirección a los Andes nos encontraremos con la bellísima Mérida (150 habitantes a 3.000 metros de altura). Tiene la más antigua universidad de Venezuela. Se llama la ULA (Universidad de Los Andes). Aquí los generosos ingenieros me regalaron 25 clases de diferentes maderas. Ya están convertidas en estatuas y andan por el mundo diciendo lo que son orgullosas de servir a los humanos y dándoles ejemplo de docilidad, cohesión, brillantez, gallardía. En esta universidad andina, está, a mi modo entender, uno de los mayores y mejores laboratorios de maderas. Los machones que sustentan el techo inmenso son de samán y tienen una longitud de 28 metros por una anchura de un metro y un grosor de 50 centímetros.

Allá abajo se extienden exuberantes y extensísimos LOS LLANOS.

(Recordemos "Yo nací en una ribera del Arauca vibrador: soy hermano de los pumas, de las garzas de las rosas y del sol"). Lo mismo en los Andes que en los Llanos de Apure o de Barinas pululan series diversísimas de vegetales. En los Andes y sus laderas cubren grandes extensiones los majestuosos samanes -todos ellos fibra y poderío, pero es dificultoso su labrado. Tendré de esta madera alrededor de una cincuentena de figuras repartidas por esos mundos. Las rodajas de este señor de la selva andina, de 3 metros de grosor, nos servirían para labrar y taracear mesas, con tales caprichos de oscuros veteados que ya los hubiera querido el Rey Sol para sí. Lástima que las espesas y fornidas ramas, desgajen por dentro el tronco principal.

Lo más sobrecogedor en la selva es el silencio. Recuerdo una noche en que me dejé sólo - para que saboreara su embrujo-, mi amigo el señor Prieto Zayas. Aquella brillante noche pude recorrer las diversas veredas bien cuidadas de la hacienda. Surgieron en mi toda suerte de imaginaciones, proyectos, caprichos, menos el miedo. En mi soñadora imaginación surgían los cedros, los caobos, los apamates, los araguaneyes, los gateados, los carretos, los pardillos, los morados nazarenos, los áureos guayacanes, los dorados cajimanos. Las maderas, cuanto más duras, suelen ser más vistosas. Todo lo tenía allí a mi lado y recordaba los incipientes pasos de mi infancia y mi convivencia con material tan exquisito. Y todo sin el más mínimo asomo de temor por las fieras, los ladrones, las serpientes incluso, ya que aquella hacienda estaba cuidadísima, y ni las corales, ni las cascabel aso-

maban por aquellos lares. El carabalí es blanco como la nieve, el murciélagos (así) es aceitoso y resbaladizo: el paují es como un paraguas cuajado de florecillas rosa. Algarrobo, cañaguato, vero son tan duros como el ébano africano, pero más nobles y dúctiles a las gubias.

La madera que últimamente más trabajo es el saquisaqui (como suena), está entre la ceiba (floja) y el cedro rojo. Verde pesa como el plomo y seca, como el corcho: absorbe el agua y su savia parece ser mercurio: tiene varios matices y su capacidad de seguir moviéndose después de cortada. Yo mismo he quedado sorprendido, 20 años después de hacer a nuestros, primeros padres, acurrucados de tamaño natural, cómo la Eva se había vuelto como para mirar a Adán. Cosa admirable.

Tardaría mucho en nombrar tanta gama de árboles y madera. Vuelvo a mi infancia con todo este arsenal, y percibo que la madera, además de ser mi Amiga ha sido mi educadora. No hay un árbol que no te diga nada. El mijao es dócil y se deja reducir a enormes y finas planchas; las múltiples ramas del saquisaqui te invitarían a labrar al mitológico gigante briereo, con sus 100 brazos.

A veces la madera se deja seducir y seduce. Siempre es fiel. En ocasiones te dice “no me hieras tanto”. Otras, “desbasta, ahonda, lija, frota, abrillanta, úsame con ternura”. Parece llevar espíritu dentro y en circunstancias es coqueta, algo rebelde y antojadiza. Lleva razón en dejarse sacar de su interior la gana de vivir y trabajar, de ayudar o reprender (por aquí, no). La encontrarás siempre esperándote para guiarte, conversar, lanzar por el mundo entusiasmos, esperanzas, alegrías, amores y dolores, hasta recibirte quieta, cuando, al final de tus días te abraza serena y se convierta en ti. Entonces quedará sellada la más suave, inmovible y gozosa amistad.

No quisiera terminar sin hacer una sucinta, pero curiosa elocubración, un algo teológica. Me lleva esta madera que me envuelve, y a la que puedo besar sin espasmos, a Nazaret, al lugar del más ilustre y sencillo carpintero y supremo artista.

#### IV. AMIGA DEL MEJOR AMIGO

La madera es paciente, hermosa, entrañable, callada: toda ella te lleva, quemándose al hogar, para que, soñando, sigas promoviendo tantos testimonio y mensajes que ella da. Bien lo supo el Supremo Maestro, el mejor compañero.

En uno de tantos sueños, como cualquiera pudiera tener, yo tuve el mío: Pero si es que Jesús, el Hijo adoptivo del Carpintero y de María, no se separó nunca de la madera. José le tendría preparada su cuna que hubo de compartir con un pesebre. En el taller se haría entender de las astillas, de los cepillos o de de las banquetas. Remos, barcas y aperos de labranza los tenía allí dialogando. Posiblemente usara chancletas de madera, y, acaso bastón. Para comer la mesa bien dispuesta, las sillas y los divanes. Cucharas, tenedores, reclinatorios. Se admiraría ante la nudosa hueca madera de olivo. El ciprés apuntaría al Padre. La palmera llenaría de gozo su espíritu. La madera de las barcas se le haría tan entrañable como Natanael o Andrés. La mesa de la Eucaristía debía de ser elegante, espaciosa: era de un amigo. Ya habría otros que le prepararan, en madera la cruz. Recostado sobre la madera y cosido a ella, moriría: en cruz gritará y rogará por todos al Padre.

La madera siempre. Desde entonces la madera será el árbol bendito y definitivo.

Y Él, Jesús, volverá, al fin, con su cruz, nos la mostrará sonriente, y todos nos daremos cuenta que está labrada en una madera que ni el más entendido ebanista o escultor pudiera imaginar.